

UN TESTIMONIO HEROICO Y CONMOVEDOR

En los comienzos del s. III, probablemente el 7 de marzo del año 203, bajo el edicto de Septimio Severo murieron en Cartago (norte de África) seis personas, mártires de su fe: Perpetua, una joven culta que tomó notas en la cárcel mientras esperaba su ejecución; Revocato y su esposa Felicidad; Saturnino; Secúndulo (todos ellos catecúmenos) y su catequista Saturio, que bautizó a los otros en la cárcel y también tomó notas durante su estancia en ella. Las notas de Perpetua y de Saturio, junto con una descripción de los últimos días de prisión y de la muerte (devorados por las fieras en la arena, excepto Secúndulo que murió en la prisión), fueron editadas, probablemente por Tertuliano, que menciona a Perpetua en *De anima* 55, 4, en forma de narración titulada: *Passio Perpetuae et Felicitatis*. Además de su dramaticidad por ser una confesión de fe, contiene varios detalles que hacen de dicha narración un documento conmovedor. Perpetua misma nos cuenta sus disputas con su propio padre, que era pagano, cuando la visitaba en la cárcel para hacerla cambiar de actitud. Él volvió al final, cuando la mártir estaba siendo juzgada: se encontró con el rechazo de Perpetua y fue desalojado de forma humillante por el juez, con gran dolor para la hija. También nos habla de las dificultades que pasó para amamantar a su bebé en la cárcel. Leemos además que Felicidad, mientras estaba detenida, tuvo un difícil parto prematuro del que nació una niña. El guardia, refiriéndose a su sufrimiento, le preguntó qué haría cuando fuera arrojada a las fieras, y ella contestó: «Ahora soy yo quien sufre lo que estoy sufriendo, pero entonces será otro el que sufrirá en mí, porque yo estaré sufriendo por él». Otro detalle conmovedor es la ayuda que ambas mujeres se procuraban mutuamente al afrontar la muerte en la arena.

Tanto en las notas de Perpetua como en las de Saturio y también en la introducción del editor, el tema de las visiones es muy frecuente, lo cual revela la tendencia monástica que acentúa la manifestación continua del Espíritu. En su primera visión, Perpetua ve una escalera difícil de subir, pero que conduce a un jardín en el que recibe alimento celestial. En otras dos visiones, de difícil interpretación, ve un cambio positivo en la suerte de su hermano Dinocrates, que, cuando era niño, había sufrido una mala muerte. En una visión del día anterior a su martirio contempla en la arena su victoria sobre un feo egipcio, que se interpreta como el Diablo. La visión de Saturio representa su propia llegada y la de

Perpetua al Paraíso; llegan al trono de Dios y se les pide su ayuda para terminar con los disturbios que azotan en la tierra a la Iglesia de Cartago. Entre los demás habitantes del Paraíso se encuentran con sus compañeros mártires.

El martirio de los seis, con las dos mujeres en preeminencia, fue una de las glorias de la Iglesia norteafricana, pero nada queda de las oraciones litúrgicas usadas durante la celebración del 7 de marzo, pues se perdieron con todos los demás textos de la liturgia del norte de África. Se conservan unos pocos sermones de san Agustín de Hipona pronunciados con motivo de dicha fiesta. Otro resto conmemorativo consiste en una inscripción de los ss. V o VI con los seis nombres grabados que se encontraron entre las ruinas de la iglesia de Cartago, la *Basilica Maiorum*.

(Texto de A.A.R. Bastiaensen)



BENEDICTO XVI SOBRE EL MARTIRIO

En los primeros cuatro siglos del cristianismo todos los santos venerados por la Iglesia eran mártires. Se trata de una multitud innumerable, que la liturgia llama «el blanco ejército de los mártires»,

martyrum candidatus exercitus. Su muerte no era motivo de miedo y tristeza, sino de entusiasmo espiritual, que suscitaba siempre nuevos cristianos. Para los creyentes, el día de la muerte, y más aún el día del martirio, no es el fin de todo, sino más bien el «paso» a la vida inmortal, es el día del nacimiento definitivo, en latín, el *dies natalis*. Así se comprende el vínculo que existe entre el *dies natalis* de Cristo y el *dies natalis* de los mártires. Si Jesús no hubiera nacido en la tierra, los hombres no habrían podido nacer para el cielo. Precisamente porque Cristo nació, nosotros podemos «renacer».

También María, que estrechó entre sus brazos al Redentor en Belén, sufrió un martirio interior. Compartió su pasión y tuvo que tomarlo, una vez más, entre sus brazos cuando lo desclavaron de la cruz. A esta Madre, que experimentó la alegría del nacimiento y la angustia de la muerte de su divino Hijo, le encomendamos a los que son perseguidos y a los que sufren, de diversos modos, por testimoniar y servir al Evangelio. Con especial cercanía espiritual, pienso también en los católicos que mantienen su fidelidad a la Sede de Pedro sin ceder a componendas, a veces incluso a costa de graves sufrimientos. Toda la Iglesia admira su ejemplo y ruega para que tengan la fuerza de perseverar, sabiendo que sus tribulaciones son fuente de victoria, aunque por el momento puedan parecer un fracaso.

(Rezo del Ángelus. 26-12-2006)